

cetro de Moctezuma en las manos de Isabel y de Fernando, sino á la única conquista gloriosa que los *teocalli* de *Huitzilopochtli* y *Texcatlipuca* en basílicas donde se rindiesen eternos cultos al Verbo del Padre, Luz de Luz, verdadero Dios de Dios Verdadero, y á los idólatras de Satanás en adoradores de Jesucristo.

Es una verdad, pues, tratándose de la universalidad de las naciones gentiles, que los mismos fenómenos se produjeron en todas, á las orillas del Eufrates, como á las del Ganges, á las del Nilo, como á las del Tíber; en Europa, Asia, Africa, como en América.

CAPITULO XV.

SUMARIO.

Influencia del cristianismo respecto á la nigromancia.— La demonocracia universal es hoy imposible.—No lo es el dominio satánico sobre los individuos que le consienten.—Poder del hombre sobre Satanás.—No porque triunfó la Cruz, los fenómenos mágicos dejaron de producirse absolutamente.—Su realidad y posibilidad se comprueban por los mismos evangelios.—Simon el Mago y Bar-Jesu.—Heregias y sectas filosóficas.—Supersticiones de los maniqueos y de los neoplatánicos.

Así como es una verdad histórica de las mejor averiguadas y comprobadas, que entre los paganos reinó por muchos siglos la superstición, y esta constituía el fondo del culto que se tributaba á la Divinidad por los miembros todos del linage humano, ya colectiva, ya distributivamente considerados, sin mas excepcion que el escogido pueblo hebreo; de la propia manera

es históricamente cierto, ó no hay certeza histórica sobre la tierra, que la resplandeciente antorcha del cristianismo vino á disipar las sombras de muerte que el deforme monstruo de la supersticion proyectaba sobre el mundo antiguo. Y desde entónces toda la máquina religioso-político-social de las generaciones anteriores á Jesucristo, paró sus bruscos movimientos, rotas para siempre las piezas de que se componia, desviadas de sus centros y sin el punto de apoyo de sus ejes las ruedas sobre que caminaba, y estrellado el sistema de engranes que combinaba en ella todos los movimientos, aun los mas opuestos de la materia y los mas extravagantes del espíritu. Los oráculos con sus adivinaciones y con sus adivinos, la magia con sus prestigiadores y encantadores, y con sus prestigios y encantamientos, las ceremonias de la evocacion de las almas de los difuntos y la influencia funesta de los génius protectores ó espíritus familiares, recibieron un golpe terrible. El mundo gimió bajo el peso de cadenas que no le era dado romper, y fué libertado: la demonocracia universal le habia penetrado hasta en la médula de sus huesos, y penetrándole, le tenia enfermizo y moribundo, olvidado de sus grandes destinos, y léjos, muy léjos de la senda que de-

bia conducirlo á la perfeccion, que á pesar de las tinieblas que le cercaban, entreveia, y no obstante su deprabacion extrema, ansiaba y procuraba de conquistar; y en un momento, vencido el gran *cosmócrata*, como le llamaba el Apóstol de las gentes, el usurpado reino pasó á manos de su único y verdadero Señor; y la humanidad hizo memoria de sus destinos, volvió á la senda de que se habia desviado y con templó fácil y hacedera la perfeccion.

El reinado universal de Satanás es imposible en el mundo, desde que el Verbo le rescató con el infinito precio de su sangre; pero no es imposible en el hombre que quiere sometersele. Satanás ha quedado sin cetro, pero no sin deseo de reconquistarlo: ha sido vencido y humillado, pero está muy distante de contentarse de su derrota y de resignarse con su humillacion. Su ódio á los hombres es igual á su soberbia que no conoce límites; y rugirá en torno de ellos, hambriento por devorarlos, mientras que haya uno solo sobre la tierra que le esté consagrado. ¡Ay de aquellos que oyéndole rugir no huyen, sino que, por el contrario, se le acercan!

Cuenta la mitología que Júpiter, despues de haber arrojado sus rayos sobre Tifon, echó so-

bre él la isla de Sicilia, y que desde entónces está bramando y gimiendo bajo ese peso que le oprime y agovía; que las llamas que de tiempo en tiempo vomita el Etna, son la cansada respiracion que se escapa penosamente de su pecho, y que siempre que se remueve, para buscar algun alivio, cambiando de postura, toda la comarca siciliciana tiembla. Si las cosas grandes pueden compararse con las pequeñas, y las santas con las profanas, nosotros diriamos que Jesucristo despues de haber humillado y destronado á Satanás, le arrojó al fondo del abismo, y dejó rodar sobre él la firmísima roca que sirve de cimiento á su Iglesia. Allí aplastado el ángel rebelde, se retuerce en vano y se agita con las convulsiones de su impotente furor, y, solivian-do alguna vez el peso bajo que gime desesperado, ocasiona esas violentas sacudidas que ponen en conmocion y terror el mundo de los espíritus. Pero, por hercúleos que sean sus esfuerzos, habiendo perdido para siempre, merced á la redencion, los títulos que hasta cierto punto habia legitimado la culpa del primer hombre, ha perdido tambien el formidable poder que poseyó y ejerció por espacio de cuarenta siglos con tanto lujo de crueldad. Ahora puede todavía, y mucho, respecto de los que volunta-

riamente se sujetan á sus tiranías; puede, porque los hombres consienten en delegarle el poder inmenso que sobre sí mismos tienen, y de que el Dios Redentor no ha podido despojarlos, sino destruyendo la más perfecta de sus obras. La Misericordia Divina, si pudo y tuvo á bien contrarestar, por medio de la gracia, el no escaso poder que al demonio daba sobre el hombre la superioridad de su naturaleza; si pudo y tuvo á bien arrebatarle el cetro que astutamente se apropió en la tentadora y peligrosa celada del paraíso, no podía quitar al hombre su propio poder, su libertad propia, que es el timbre de su gloria y de su grandeza, á la vez que la marca de su baldon y de su miseria.

Ahora puede el hombre vencer y humillar á Satanás con solo quererlo, pero quererlo con eficacia; así como no mas con quererlo puede ser humillado y vencido.

Por tanto, no hay motivo por qué maravillarse de ver, como se verá, que las artes diabólicas, ántes conocidas con el nombre de magia y hoy con el de espiritismo, turben la paz y la tranquilidad de los que llevan en sus frentes la insignia de cristianos. En tiempos del paganismo se pusieron en juego por todas partes y tuvieron un carácter social. De Jesucristo acá,

sé ven limitados á algunas regiones y afectando de un modo directo solamente á los individuos. De regla general que eran, pasaron á ser excepcion.

De aquí es que no porque la Cruz triunfó de los ídolos, los fenómenos mágicos dejaron absolutamente de producirse, ni las destronadas inteligencias angélicas de ensayar su poder entre los cristianos. El Evangelio mismo supone la posibilidad de que aquellos se reprodujeran en lo de adelante, y la de que estas se esforzarian en no permanecer ociosas. En el supuesto contrario sería inexplicable la *potestad sobre todos os demonios* concedida á los apóstoles por el Divino Maestro, *potestatem super omnia daemonia*; (1) no sería signo distintivo de los que creyeren en su doctrina, esa misma potestad, (2) ni el hijo del trueno habría podido decir de los ángeles malos, que eran *los encargados de hacer daño á la tierra y al mar*. (3) No habría Jesucristo calificado con verdad, y era la Verdad

(1) San Lucas IX, 1.

(2) San Marcos XVI, 17.

(3) Apoc VIII, 2.

misma, al demonio, de *principe de este mundo*, ni San Juan de *gobernador* del mismo, ni San Pablo llamándole *Cosmócrata*.

Lo que la doctrina supone y enseña viene á ser confirmado por los hechos que han tenido lugar en el seno de la misma Iglesia católica, desde los primeros hasta los últimos dias de su existencia gloriosa.

Simon el Mago, llamado de los samaritanos por los sorprendentes prodigios que lograba producir, "La gran virtud de Dios," y á quien los mismos erigieron una estatua: Bar-Jesu, que con iguales artes ponía obstáculos á la conversion del Procónsul Sergio, Menandro, Saturnino, Basílides, Capócrates, &c., que le sucedieron, no son personajes extraños á la historia, ni los hechos de que fueron autores, meras ilusiones de la fantasía.

Pero no solo en algunas individualidades como estas se cultivaron las prácticas supersticiosas, sino principalmente en el seno de las heregías primitivas y de las sectas filosóficas que se armaron de todas armas contra la apenas conocida y ya triunfante religion del Crucificado.

Entre aquellas figura en primer término de la escala el maniqueísmo, del que San Leon el Grande ha podido afirmar, sin ser desmentido

por sus contemporáneos, que todo lo que habia de impiedad entre los paganos, de ceguedad entre los judíos, de crímenes en los misterios de la magia, y de blasfemias y sacrilegios en todas las heregías juntas, vino á afluir como en la mas impura cisterna, en la secta infame y monstruosa de que fué digno jefe el apóstata Mánes.

La filosofía, á su turno, la que, por no parecer retrógrada, trató de conciliar algo de las verdades evangélicas con las crasas y desacreditadas aberraciones del paganismo, la que se avergonzó de hacerse cristiana, no vaciló en que en sus sesiones académicas se continuasen iniciando sus adeptos en los pavorosos misterios que ya casi no tenían abrigo en los templos de la gentilidad, y en que fuesen exornadas con las manifestaciones y comunicaciones de los espíritus cuyo poder tocaba ya á su ocaso.

El neoplatonismo estaba á la cabeza de estas sectas filosóficas; y el sistema de Amonio, su fundador, y de Plotino, Porfirio, Hierócles y Jámblico, discipulos de aquel, si se le examina con mediana atencion, no se diferencia del que ahora enseñan Allan Kardec y los infortunados propagadores de su doctrina.

Amonio reconocia la existencia de un sér ne-

cesario, causa de los demás seres, de los génios y de las almas. Pensaba que ciertos minerales ó ciertas plantas podian dar al alma humana un grado de sutileza propio para hacer ver los espíritus. Atribuia á los génios los diversos prodigios de todas las religiones, y opinaba que el objeto de la filosofía era levantar el alma por sobre las impresiones corporales, excitar su sensibilidad para ponerla en relacion con los espíritus. Pero la semejanza casi se torna en identidad, si se estudia al primero y más ardiente de sus discipulos, que al escuchar al maestro exclamó: *esto mismo es lo que yo buscaba*. Nos referimos á Plotino. Este vivia persuadido de que estaba bajo la proteccion de un génio, que habiendo sido evocado por un sacerdote del templo de Isis, resultó ser un dios. El mismo predecia lo porvenir y descubria las cosas ocultas. Segun él y sus secuaces la sustancia etérea, cuyo principio es el rayo solar, preside inmediatamente á la conservacion del mundo, que consideraba eterno; sobre esta sustancia está el mundo de las inteligencias, y en el grado supremo, Dios. El sol es al mundo visible, lo que Dios al inteligible. El hombre eleva á Dios por el éxtasis, que reduce el alma al estado de esencia pura; y de esta suerte se